



REVISTA  
UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA

ISSN: 0120-2367

*Fundador:*  
Alfonso Mora Naranjo  
*Rector:*  
Alberto Uribe Correa  
*Vicerrector general:*  
John Jairo Arboleda  
*Secretario general:*  
Luquegi Gil Neira

*Director:*  
Elkin Restrepo  
*Asistente de dirección:*  
Janeth Posada Franco  
*Diseñadora:*  
Luisa Santa  
*Auxiliar administrativa:*  
Diego Fernando Castañeda Vergara  
*Corrector:*  
Diego García Sierra  
*Comité editorial:*  
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,  
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,  
César Ospina, Margarita Gaviria,  
Luz María Restrepo, Alonso  
Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo,  
Carlos Vásquez.

*Impresión:* Imprenta Universidad  
de Antioquia, Medellín, Colombia  
*Correspondencia y suscripciones:*  
Departamento de Publicaciones,  
Universidad de Antioquia  
Bloque 28, oficina 233,  
Ciudad Universitaria  
Calle 67 N.º 53-108  
Apartado 1226, Medellín, Colombia  
*Tel.:* (574) 219 50 10, 219 50 14  
*Fax:* (574) 219 50 12  
revistaudea@udea.edu.co

*Página web:*  
www.udea.edu.co/revistaudea  
*Versión digital*  
www.latam-studies.com  
http://oceanodigital.oceano.com/  
*Publicación indexada en:* MLA,  
Ulrich's, CLASE  
*Canje:* Sistema de Bibliotecas,  
Universidad de Antioquia  
Bloque 8, Ciudad Universitaria  
E-mail: canjeydonacionbiblioteca@  
udea.edu.co  
Licencia del Ministerio de Gobierno  
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

# minúsculas



## Amor mortal

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Casi nada queda del muro que separó a Berlín en dos mitades durante veintiocho años. En el último aniversario de su caída tuvieron que recordarlo marcando su traza con globos luminosos. Estos fueron liberados al mismo tiempo y la barrera se esfumó en el frío aire de la noche del nueve de noviembre. Pero quedan todavía unos pocos tramos en pie, de los cuales el más largo es la llamada East Side Gallery. La “galería del lado oriental” mide un kilómetro y trescientos metros, y se extiende sobre la ribera del río Spree desde el puente Oberbaum hacia el noroccidente. Toma el nombre de “galería” porque tras la caída del muro, en 1989, se le propuso para que sirviera como un largo lienzo sobre el que decenas de artistas pintarían sus obras al aire libre. La iniciativa nació de la reunificación entre las dos asociaciones de artistas más importantes del este y el oeste de la ciudad.

Y se le llama “del lado oriental” porque este tramo de pared no era propiamente el que se veía desde Berlín occidental y que el mundo conocía como

el Muro, sino que era parte de lo que se llamaba el *hinterlandmauer*, es decir, la parte interior de la franja de la muerte. El Muro de Berlín era en realidad una zona protegida por dos muros, y los habitantes del este veían únicamente el *hinterlandmauer*. Mirado desde esa parte de la ciudad, detrás del *hinterlandmauer* estaba una zona de arena con cercas electrificadas, obstáculos antitanques, perros bravos, un tendido de punzones de hierro llamado por los occidentales el “césped de Stalin” y, finalmente, sí, el Muro, a cuyos pies murieron muchos de los que arriesgaron su vida para cruzarlo, baleados por los soldados del este.

Alguien que haya visitado Berlín se preguntará en qué parte estaba el Muro principal, si detrás de la East Side Gallery hay escasos treinta metros antes de llegar a las aguas del Spree. Esto se explica porque en esa zona el río remplazaba al Muro. Es decir, allí no había Muro con mayúscula sino el *hinterlandmauer* solamente, de modo que los berlineses orientales no pudieran acceder al río y cruzarlo para escapar al lado occidental de la ciudad. Aun cuando la East Side Gallery no sea parte del Muro original, esta se ha convertido en un ícono de la antigua división y sus pinturas en un símbolo de la libertad de expresión, pues en tiempos de la RDA era imposible que alguno de sus ciudadanos se atreviera a rayar siquiera en esa pared que debía permanecer intocada, por orden de las autoridades.

Se invitó pues, en 1990, a 105 artistas para que hicieran

sus obras en un espacio de un poco más de diez metros de muro cada uno. Una vez terminados, algunos de estos murales le dieron la vuelta al mundo. Entre ellos quizá el más famoso sea el del artista ruso Dmitri Vrubel, que reproduce el beso que se dieron el dirigente soviético Leonidas Braznev y el gobernante máximo de la República Democrática Alemana Erick Honecker. La pintura lleva escrito un texto en ruso traducido al alemán: “Dios mío, ayúdame a sobrevivir a este amor mortal”. Se dice que aunque el beso se atenía a las costumbres socialistas, el muy alemán Honecker se sobreactuó en esta muestra exagerada de cariño político.

Con los años los murales se fueron deteriorando, no solo porque estaban al sol y al agua lo cual era obvio y se esperaba, sino porque el *hinterlandmauer* estaba hecho del material más barato posible. Más que la pintura al fresco en sí misma, lo que se dañó fue el soporte, sin considerar los grafitis espontáneos que muchos pintaron sobre las mismas obras, pues la gente siempre ha podido acercarse a ellas sin ningún tipo de obstáculo. De ahí que en el año 2009 se decidiera restaurar el muro y llamar de nuevo a los artistas para que repintaran sus obras. De los artistas originales, algunos estaban muertos y otros se rehusaron a hacerlo, pero la mayoría volvió con sus brochas al lugar en el que habían pintado veinte años atrás.

Superado el problema del deterioro, la verdadera amenaza de esta galería a cielo abierto

es la modernización de la ciudad. En 2006 se acordó mover cuarenta metros de muro hacia la punta occidental para construir un escenario de conciertos, como una excepción que fue de alguna manera tolerada por los berlineses. Sin embargo, este kilómetro largo de tierra en la ribera del Spree se ha ido convirtiendo en uno de los lugares más cotizados de la ciudad y por lo tanto de los más apetecidos por las constructoras. Y aunque cueste crearlo, a Berlín le es difícil negarse a sus ofertas millonarias debido a la bancarrota que padece. La oposición de los ciudadanos a la urbanización de la ribera del Spree se ha hecho sentir, pero en el 2013 se perdió la primera batalla, cuando una empresa de construcción logró retirar veintitrés metros de muro para el acceso a su nuevo edificio de apartamentos de lujo, ubicado entre el muro y el río.

Aunque este edificio es por ahora el único, es muy probable que en diez o veinte años toda esta ribera del Spree, hoy casi del todo baldía, esté completamente urbanizada con este tipo de construcciones. Por lo que pudiera pasar, un famoso museo de Londres ofreció comprar el muro, pero es difícil que la ciudad renuncie a este monumento único que visitan más de tres millones de turistas al año. Lo más seguro es que en un futuro cercano coexistan los edificios con el viejo *hinterlandmauer*, como símbolo ya no solo de la infame historia reciente del país, sino también de la pujanza de una ciudad que está llamada a ser la capital de Europa. ■

agromena@gmail.com



## Entre dos impulsos

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

**E**n nuestra interminable necesidad de simplificar el mundo para que nos perturbe lo menos posible, los humanos hemos creado constantemente dicotomías sobre nuestra naturaleza, construyendo sociedades sobre las creencias que surgen de esa oposición. Pero esa aceptación no es fija, ni en el tiempo ni en el espacio. Una época negará lo que la anterior exaltaba, una sociedad practicará lo que su vecina, en este relativamente pequeño planeta llamado Tierra, abominará. Y así, oscilantes como un metrónomo, pero mucho menos precisos, pasamos de la exaltación del espíritu a la adoración del cuerpo, de las preocupaciones por lo temporal a la obsesión con lo eterno, del idealismo al pragmatismo, *ad infinitum*. Aun así, existe una constante, y es que solemos plantear tanto el ataque a la creencia opuesta como la defensa de la creencia que sí aceptamos a partir de la más maniquea de las divisiones: aquella entre “lo que está bien”

y “lo que está mal”. Pero el hecho mismo de que imagine-mos que “el mal” puede existir de forma absoluta, con total independencia de circunstancias e interpretaciones, lleva a una curiosa deducción: quizás el impulso más característico de la naturaleza humana no consiste en nada más que en negar y rechazar siempre una parte de nuestra propia naturaleza. Y eso es tan absurdo como pensar que una moneda puede seguir siendo una moneda si le falta uno de sus lados.

Podemos encontrar una muestra de lo anterior en los que fueron quizá los más polémicos conceptos de Freud: la pulsión de vida y la pulsión de muerte, impulsos asociados más tarde a los dioses griegos Eros y Tanatos. El primero nos lleva a proteger la vida y a construir unidades cada vez mayores, y el otro a la desintegración, a querer que la vida regrese a un estado inorgánico, a la quietud de la nada. Es decir, Tanatos se encarga de desintegrar esas mismas unidades que Eros forma. Luego de que Freud hablara de ellos, la existencia del primero fue fácilmente aceptada. Después de todo, Eros es un impulso que nos lleva a querer preservar la vida y nos conduce a unirnos en parejas y en comunidades, así como a proteger-nos. Más dificultades tuvo Freud para lograr que se aceptara la existencia del segundo. No en vano, en *El malestar en la cultura* (1930) dijo: “La aceptación del instinto de muerte o de destrucción ha despertado resistencia aun en círculos analíticos; sé que muchos prefieren atribuir todo

lo que en el amor parece peligroso y hostil a una bipolaridad primordial inherente a la esencia del amor mismo”.<sup>1</sup>

El que Freud mencione al amor como punto de fricción para la aceptación del impulso de muerte no es casual. Él creía que raramente —“o quizá nunca”, dice— alguno de los impulsos funciona de forma independiente, pues lo frecuente es que se amalgamen. Por tanto la identificación total del amor y el sexo consentido con Eros, o de la guerra y la violación con Tanatos, resulta por completo inexacta si se piensa con detalle. ¿Qué pasaría con un amor que fuera solo Eros? Lo más probable es que al final los amantes morirían de hambre, pegados como dos siameses, pues sin un impulso que llevase a la disolución de lo unitario, que permitiera que la organicidad de esa pareja “muera” por momentos, los amantes no podrían separarse luego del acto sexual, no serían capaces de disolver la unión y recuperar su identidad. Así, gracias a Tanatos pueden separarse temporalmente y gracias a Eros volverse a unir al terminar el día. Pero un mundo sin Tanatos no solo sería un mundo donde sería imposible tener más de una pareja sexual en la vida, sino que también sería un mundo sin heroísmo: si solo tuviéramos un impulso que nos llevara a preservar la vida, ¿qué fuerza sobre la Tierra sería capaz de hacernos entrar en un edificio en llamas para rescatar a un niño en peligro? Porque, si bien Eros puede impulsar al rescate de ese niño, es Tanatos el que permite que se realice, pues ya

desde antes de entrar al edificio una parte del héroe ha aceptado —e incluso deseado inconscientemente— la posibilidad de su propia muerte.

Y esto funciona también en el sentido opuesto. En el sadismo, dice Freud, hay una “amalgama particularmente sólida entre el impulso amoroso y el instinto de destrucción”, pues allí el impulso de muerte “desvía a su manera y conveniencia el fin erótico”. A ello podemos añadir que, como Eros no busca sólo la unidad con los otros, sino también la propia unidad, las divisiones facilistas se complican cuando ambas exigencias de unidad entran en conflicto. Como dice Freud, el impulso de muerte es puesto con frecuencia al servicio de Eros para que un ser destruya “algo exterior, animado o inanimado, en lugar de destruirse a sí mismo”. Un caso paradigmático es el de los abusadores sexuales que fueron víctimas de abuso, a su vez, cuando eran niños. Con sus crímenes ellos recrean su propia experiencia infantil, pero desde una posición de control, lo que les permite temporalmente recuperar esa noción de unidad interna que su traumática experiencia en la niñez rompió. Así que aunque sus acciones sean el culmen de lo destructivo y criminal, puede argumentarse que la demanda de unidad personal de la que surgen proviene, en última instancia, de Eros. Igualmente en las guerras resulta evidente el impulso tanático, pero si uno decide no quedarse en lo obvio, se vuelve forzoso admitir que también está presente lo erótico. ¿No se suelen justificar acaso

los ataques a otras naciones en el amor a la propia nación? ¿Y la represión sobre los opositores internos no se defiende a partir de representarlos como una amenaza para la unidad y la supervivencia de la comunidad? Incluso los excesos más grandes del nazismo tuvieron un componente erótico, lo que facilita entender por qué tanta gente cayó bajo su influjo y se prestó a ser su cómplice, pues los nazis invocaron ante el pueblo alemán el amor a la patria para que sus horrendos crímenes contra las poblaciones minoritarias fueran aceptados como “cura necesaria” para fortalecer a la nación.

De hecho, si uno hace una analogía y piensa en el aparato psíquico —inconsciente, pre-consciente y consciente— como un motor electromagnético, podría considerar a Eros y Tanatos como los imanes que mueven la dínamo del motor. Así, si nuestros pensamientos, emociones y acciones son el resultado final de ese aparato, los impulsos son la energía que permite encenderlo y mantenerlo funcionando. Y como una dínamo no puede moverse con un solo imán, la carencia de Tanatos llevaría, paradójicamente, a la inmovilidad y destrucción que ese mismo impulso busca. Por otra parte, sin él tendríamos mucha menos fantasía y creatividad, pues no tendríamos que sublimar nuestro lado menos aceptado. Dado que, además de todo lo anterior, Tanatos también interviene en el amor y el sexo para que estos puedan vivirse de una forma que nos permita sobrevivir, si este impulso fuera una persona habría que catalogarla como

alguien muy modesto, o muy inseguro, pues ha dejado que Eros se lleve todos los créditos por las cosas agradables de la vida y ha asumido toda la responsabilidad por las desagradables, dejando que los excesos del impulso de vida permanezcan tras un velo, lo que resulta muy conveniente para quienes prefieren ver el mundo en blanco y negro, olvidándose de todos los otros colores. En su discreción, bien recuerda el impulso de muerte al dios del que toma su nombre, pues en la mitología griega Tanatos es el dios de la muerte no violenta, por enfermedad o vejez, y se parece a su hermano gemelo Hipnos, dios del sueño, en que ambos se acercan lentamente y en silencio a los hombres y mujeres, para luego tocarlos suavemente, acariciándolos, hasta que estos se duermen o mueren. Así, los dos hijos de la diosa Nix y el dios Erebos (la Noche y la Oscuridad) nos seducen en lugar de forzarnos, para que cerremos los ojos y entremos momentáneamente al lado oscuro de la existencia, sin el cual el exceso de luz de una permanente vigilia se volvería del todo insoportable y nos arrastraría, de forma inevitable, a la locura. ■

agarlon@hotmail.com

#### Notas

<sup>1</sup> Todas las citas son tomadas de *El malestar en la cultura* (Uruguay: Consejo de Formación en Educación, s.f., pp. 47 y 48. En línea: [http://www.dfpd.edu.uy/efd/rocha/m\\_apoyo/2/sig\\_freud\\_el\\_malestar\\_cult.pdf](http://www.dfpd.edu.uy/efd/rocha/m_apoyo/2/sig_freud_el_malestar_cult.pdf)).



## Desacelerar

LUIS FERNANDO MEJÍA

**L**a quietud y el movimiento son dos conceptos que se necesitan. El uno se explica por el otro; son igual de relevantes. Sin embargo, esta es pura teoría ya vieja. En la práctica reciente, el movimiento constante, la celeridad y la competencia han esclavizado la calma, el sosiego y se ha desprestigiado la inacción o la lentitud, sin importar que Esopo, en el 600 a.C., haya puesto a ganar a la tortuga frente a la liebre en una larga prueba.

Se hunde a fondo el acelerador del tiempo, con los más variados pretextos y burocráticos objetivos estratégicos, a costa de incomodar brutalmente a los seres humanos.

Ni los hombres ni las mujeres nacieron para correr, si acaso para caminar. Pero resulta que ahora no alcanzan las razonables 24 horas del día para hacer todas las tareas y “vueltas” que se les imponen a las pobres personas aunque no estén en edad de laborar.

Niños envueltos o corriendo en la madrugada para la guardería, adultos con infantes apresurados para lograr clases de

natación, música, fútbol y artes plásticas luego de la jornada escolar; y las mismas carreras los sábados y los domingos con el loable propósito de formar hijos casi perfectos y exitosos. Padres agobiados detrás de sus criaturas sin zafarse de sus propias y crecientes metas de trabajo asignadas por asfixiantes jefes y empresas. Y si queda un respiro, bienvenido sea el ocio, pero, se advierte, creativo. El ocio puro ya no se acepta, tal como lo define en su diccionario María Moliner: “situación de la persona que disfruta de su tiempo libre”, sin más. Ahora, en todos los momentos hay que producir, crear o, si no, se recibirá una buena carga de culpa, y florecerá otra alma en pena o aburrida.

Los pies se quedan cortos para alcanzar los atareados recorridos. No se entiende que el bípedo humano no es una gacela, ni un mico, ni un pájaro. Es un mamífero pesado sin alas que sigue usando el mismo paracaídas de siempre cuando sueña con volar, y que cuando se le ocurre correr termina exhausto y sudado, lo que no se presenta con los animales rápidos.

Se olvida que el ejemplar humano, en su proceso de gestación, vivió nueve meses muy quieto y tranquilo en el vientre de su madre y cuando nace no sale veloz para ninguna parte; por el contrario, hay que cargarlo y ayudarlo por largo tiempo hasta que se atreve a gatear torpemente.

Parece que desde que se diseñó el motor, imprimiendo velocidad a todos los procesos productivos, se fue imponiendo la idea de que las personas,

sin ninguna mejora evolutiva sustancial, se debían ajustar a la máquina inventada. Producir más en el menor tiempo posible está bien pensado para las máquinas, que si se estropean se botan, pero tal concepto se trasladó automáticamente a los individuos de músculos y huesos inalterados desde hace muchos siglos. Frente a la impetuosidad que puede imprimir un motor, los humanos son siempre unos minusválidos.

Los atletas más veloces, y más entrenados y profesionales, difícilmente recorren los cien metros planos en once segundos y, a veces, uno que otro supera este tiempo, pero a medida que se aumenta la distancia a transitar la velocidad disminuye significativamente, y cuando avanza la edad del deportista los tiempos tienden a medirse en minutos y horas.

Pero los atletas de oficio son una inmensa minoría, el resto de la humanidad dispone de dos piernas que difícilmente se levantan del piso y que terminan arrastrándose más temprano que tarde. Por supuesto, quedan las manos que, al usarlas para andar, no generan nada distinto a un gracioso y cansado gatear.

El bípedo humano no es, pues, veloz. Las máquinas con motor se pueden seguir desarrollando para producir muchos y mejores bienes y servicios, siempre y cuando no deformen o atrofien a la persona imponiéndole su vertiginoso ritmo. Cuando las máquinas aumenten la producción de cosas tangibles e intangibles, que lo hagan sin comprometer los ciclos naturales de los seres humanos, ya sean

trabajadores o consumidores. Una máquina, por sofisticada que sea, no se puede imponer a la esencia de la conducta humana.

Sin pausa, el ser humano queda sin posibilidades de pensar en su propia esencia, en su singularidad; sin oportunidades de salirse de la homogenización del rebaño e imponerse un paso conforme a su propio cuerpo, sentimientos y sueños. Con el sosiego, el cuerpo aprenderá qué lo hace saludable, los sentimientos se clarificarán genuinamente aunque parezcan extraños y los sueños se definirán como alcanzables o utópicos, aunque estos últimos sirvan solamente para fantasear antes de lograr un buen dormir.

La naturaleza entrega buenos ejemplos de las bondades de la quietud. Basta con ver un árbol que logra su altura, sus frutos y su belleza sin moverse de un punto. Basta observar el sosiego de las reses en un potrero concentradas en comer, descansar y dormir aunque estén presentes los toros. Naturalmente, los pájaros merecen toda la admiración por la rapidez y altura de su vuelo maravilloso, pero no se olvide que, aunque no reconocen un motor, están dotados de alas. ■

[luis.mejia@udea.edu.co](mailto:luis.mejia@udea.edu.co)



## Un viaje del corazón

ÁLVARO VÉLEZ

La historia comienza con algo de oscuridad y misterio: unas viñetas iniciales que parecen el recuerdo de algo, de un algo vago, olvidado; después nos vamos directamente a un ring de boxeo en donde los pugilistas parecen enfrentarse por minucias, como siempre parece que sucede en la mayoría de los combates de boxeo. Estamos en el inicio de *Come prima*, una novela gráfica de Lionel Papagalli, quien usa el seudónimo de Alfred (dibujante nacido en Francia en 1976), y desde esas primeras páginas ya muestra una contundencia, una cadencia y el buen manejo de la narración y el dibujo en cómic.

*Come prima* (que traduce “Como antes”, pero ha sido editado en español con el título original. Ediciones Salamandra, Barcelona, 2014) es la historia de dos hermanos, Fabio y Giovanni, quienes emprenden un viaje desde Francia hasta Italia. Fabio, un boxeador de medio pelo, dejó su hogar, en Italia, desde adolescente, y Giovanni ha decidido viajar

hasta Francia en busca de un reencuentro. La excusa para llevarse a su hermano mayor de vuelta a Italia es organizar la herencia tras la muerte de su padre, quien por cierto ha viajado con Giovanni, o por lo menos lo ha hecho lo que resta de él: una urna con sus cenizas.

La novela gráfica será entonces una especie de *roadcomic* (si es que el término se puede usar), una historieta de carretera en donde los dos hermanos, con la compañía de las cenizas de su padre y un perro, que luego recogerán en el camino, vivirán una suerte de situaciones en donde el misterio de la huida de Fabio, de la Italia de su infancia y adolescencia, se irá aclarando. Las diferencias del hermano mayor con su padre, por su simpatía con los camisas negras fascistas, la traición al sindicalismo y la orientación de izquierda del difunto padre, y los golpes que recibe Fabio de su progenitor, cuando el hijo le cuenta sobre su decisión de formar parte de las filas del Duce, configuran parte del cuadro del pasado que apenas comienza a resolverse para sus protagonistas.

El Simca 500, en el que van desde Francia hasta Italia, se convertirá en el escenario de muchos de sus desencuentros en la carretera, pero también el pequeño automóvil y su recorrido servirán para que los lectores disfrutemos de los paisajes bellamente dibujados por Alfred: el paso de ciclistas por la carretera, la parada en la orilla de un lago, el cruce del ferrocarril, la estadia y el paso por algunos pueblos, posadas y bares al lado de la zigzagueante carretera, los

árboles, los campos cultivados, las nubes, los colores de cada ambiente y ruta por la que van los hermanos aparecen a los ojos del lector como otro personaje. Alfred también nos va contando algo de ese pasado que distancia a los hermanos con las conversaciones entre ambos, en donde vamos atando cabos, pero también con la irrupción cada tanto de secuencias de viñetas que nos muestran cuadros de ese pasado, de la infancia de Giovanni, de la adolescencia, de la aparente rebeldía y de la huida de Fabio.

Cada uno de los hermanos tiene algo que callar, o incluso que ocultar, pero poco a poco todo nos será develado. Viajamos con Fabio y Giovanni por su pasado y, obviamente, por su presente. La relación, que en un principio era muy tensa, terminará suavizándose con el correr de las horas, con la conversación entre dos hermanos que, al fin y al cabo, se quieren de verdad. La llegada nos deparará una última sorpresa, la posibilidad de Fabio de reconciliarse definitivamente con su pasado.

En *Come prima* parece que su autor ha puesto toda la carne en el asador: un dibujo entrañable, que hace del viaje de carretera de los dos hermanos un disfrute para el lector; unos colores que aumentan las sensaciones de los que estamos leyendo; una narración íntima, serena, pero también dinámica, fuerte y contundente que muestra las profundas emociones que embargan a sus personajes, y un manejo del lenguaje de la historieta que nos hace ver y pensar el pasado y el presente de Fabio y Giovanni. Es una

historia, en todos los sentidos, muy bien lograda, no en vano *Come prima* fue premiada en 2014 como la mejor obra en el Festival Internacional de Cómics de Angulema (Francia), que es quizá el festival más importante de historietas en el mundo.

Fabio parece tener una última oportunidad para reconciliarse con su pasado; quizá lo logre porque al llegar a Italia ya es muy diferente al Fabio que partió de Francia. En parte, de eso se trata el viaje, porque, como sabemos, no solo se trata de cambiar de un sitio a otro. Esa es la sensación que se tiene cuando se lee la última viñeta y se cierra el libro de *Come prima*: no solo ha sido un viaje de Francia a Italia, también ha sido sobre todo un viaje del corazón. **U**

truchafrita@gmail.com



## Lenguas

PALOMA PÉREZ SASTRE

La pasada noche de brujas, asomados a la ventana del segundo piso, observábamos la llegada de un animado grupo de jóvenes a la fiesta de disfraces de la casa de al lado. Después de detallar cada uno de los variados y coloridos ropajes, advertimos que los muchachos venían hablando en inglés. Comentábamos este hecho con extrañeza, cuando Alicia, mi nieta de tres años y medio, explicó: “Disfrazaron la lengua”. La perplejidad es la reacción que acompaña esas salidas geniales de los niños. Encierran una sabiduría proveniente de una región pura y misteriosa; una verdad insólita e iluminadora, ajena a la información y la experiencia.

La Biblia le atribuye a la soberbia del hombre el origen de las lenguas. Después del diluvio, los hombres, convencidos del poder de la asociación, pretendían alcanzar el cielo construyendo una torre. Entonces Dios les confundió la lengua y tuvieron que abandonar el proyecto y desperdigarse por el mundo.

revista  
**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**



[www.udea.edu.co/  
revistaudea](http://www.udea.edu.co/revistaudea)

 /revistaudea

 @revistaudea

**Suscríbete**  
CUATRO NÚMEROS, SUSCRIPCIÓN POR UN AÑO  
 [revistaudea@udea.edu.co](mailto:revistaudea@udea.edu.co)

Duro castigo, cándida solución (propia de los que creen poder controlarlo todo), pues diversificar los idiomas no significó la abolición del lenguaje mismo, el don de la comunicación. Eso habría equivalido a extirpar el alma, la misma esencia de la especie.

Encontré en un blog un mito *banta*, en el que coinciden el origen del lenguaje y el origen de los males. En un principio los humanos no necesitaban el lenguaje porque eran transparentes y podían verse sus mutuos *pashka* (que significa alma y mente a la vez). Bastaba mirarse para compartir pensamientos, sentimientos, gustos, necesidades. Esto dejaba por fuera la posibilidad del secreto y, por tanto, excluida la desconfianza. Pero, como consecuencia de terribles sucesos protagonizados por una pareja de jóvenes,<sup>1</sup> aparecieron los *chuub-baká*, los cuatro pecados que originaron el dolor humano: el odio, la crueldad, la traición y la venganza. Invasidos por la desconfianza, el miedo y el sufrimiento, los humanos no podían soportar la presencia de otro, y tuvieron que esconderse y desperdigarse por el mundo. El dios se compadeció y les concedió la capacidad de ocultar su *pashka*. Entonces, no siendo ya transparentes, el dios creó el lenguaje para que pudieran volver a trabajar y vivir en comunidad. Pero llegaron la mentira, la hipocresía, la impostura, la adulación.

Los mitos explican el origen de aquello que hace posible la diversidad de las lenguas; esa pérdida irreparable de un signo único y total, ese corte por

el que se nos escapa el sentido. Las palabras tienen una estaca incrustada en su puro centro. Nada nos faltaba hasta que vinieron el significado y el significante a dividirnos: la cosa misma y su vestido, o su piel. Pero también es verdad que de ese tajo surge la fuente de la metáfora y la posibilidad misma de intuir la metáfora. Disfrazar la lengua es vestir el espíritu de color, juego y poesía. Hablar una lengua es investirse de su espíritu. Tengo una amiga alemana que dice que cuando habla en español es otra: abierta, espontánea, alegre, expresiva; muy distinta a la alemana que tiende a la melancolía. Tal vez por eso eligió estudiar filología hispánica en Madrid y trabajar en la DW Latinoamérica.

Vestimos y desvestimos la existencia incluso cuando dormimos. Las lenguas nos dividen y nos incomunican, pero también cantan, acarician, saborean, sienten, humedecen, curan, miman e inventan. Y quizás sean las lenguas de los poetas y las de los niños las más llamadas a aliviar la herida original; quizás sea esa su paciente y necesaria misión de todos los días: tejer vestidos sublimes y nuevos. Esos que no ocultan la desnudez del vacío, sino que la visten para salir a la calle. Quizás sea esta la única manera de cumplir el sueño de Babel de alcanzar el cielo. ■

palomaperez@une.net.co  
Profesora de la Universidad de Antioquia

#### Notas

<sup>1</sup> <http://poetaquejugovideojuegos.wordpress.com/2011/10/25/elorigendellenguaje/>



## Las revistas culturales

LUIS FERNANDO AFANADOR

“Actualidad de las revistas literarias en Colombia”: así se titulaba una mesa redonda en la que participé en noviembre de 2014 en la Biblioteca Nacional, en representación de la *Revista Universidad de Antioquia*. El evento hacía parte de un homenaje a la revista *Mito* y contó con la participación de los directores de *El Malpensante*, *Número*, *Arcadia* y *El Aleph*. Por razones que ya no importan, esa noche hablamos más de *Mito*, hablamos de otras cosas, pero no tocamos el tema para el cual habíamos sido convocados. Alguien dirá, no sin razón, que fue algo sintomático: no es muy claro el panorama de las revistas literarias hacia el futuro. De hecho, una de las allí presentes, la revista *Número*, cerró hace unos años por razones económicas y *El Malpensante* ha enviado recientemente un SOS a la comunidad cultural. *Arcadia*, a pesar de pertenecer a un emporio de revistas, mes a mes debe ganarse su permanencia en una dura batalla comercial. No es el

jardín de rosas que la gente se imagina. *El Aleph*, como *Puesto de combate*, inacabables, intermitentes y marginales, deben su sobrevivencia a la quijotesca personalidad de sus directores. La *Revista Universidad de Antioquia*, por su carácter institucional, tiene un presupuesto asegurado mientras dure la educación pública, tan golpeada en los últimos años y todavía con más duros golpes por venir.

Porque me interesa el tema y porque hay ciertos asuntos que no hay que dejar entre el tintero, quisiera dedicarle esta minúscula a lo que quise y no pude decir en aquella ocasión.



El 2 de febrero murió en Lausana, Suiza, la novelista y ensayista Helena Araújo, admirada amiga y colaboradora de nuestra Revista.



Sin duda, la revista *Mito* es un referente de las revistas culturales en Colombia. Es fácil ver ahora cuál fue su aporte: dio a conocer lo más significativo del quehacer cultural en Colombia y el mundo, aunque en esa época (1955-1962), *el mundo* se circunscribía a algunos países latinoamericanos y europeos. Sin embargo, más que su intención de ampliar el horizonte intelectual en un país parroquial, me parece que el gran legado de *Mito* fue su interés por pensar críticamente la sociedad colombiana. “Convertir una tierra amorfa y pestilente en una patria”, proclamaba su fundador, Jorge Gaitán Durán. *Mito* fue novedosa no tanto por traducir a Bataille, Sartre o el Marqués de Sade (la *Revista Universidad de Antioquia* publicó textos de André Breton y René Char, en 1944), sino por esos desgarradores testimonios campesinos de la violencia y la barbarie colombiana.

Tendemos a idealizar el pasado. ¿Tuvo *Mito* en su momento la resonancia que hoy le atribuimos? La dictadura de Rojas cerró *El Tiempo* y *El Espectador* pero no tuvo necesidad de cerrar la revista *Mito* y mucho menos de incendiarla. Este hecho me recuerda el texto que leyó J. M. Coetzee en la Universidad Central de Bogotá a propósito de la censura. Palabras más, palabras menos: él no fue censurado durante el *apartheid* de Sudáfrica porque el régimen consideró su literatura “muy intelectual” y por lo tanto no consideró necesario hacerlo. Sin embargo, como proclamaba una emisora cultural de aquella

época, no hay que menospreciar la influencia de “la inmensa minoría”. Con su tiraje de 2.000 ejemplares, pudo influir positivamente en la élite dirigente y pudo haber contribuido a la caída de la dictadura. Aunque eso es historia y por lo tanto conjetura; lo que me interesa es aterrizar en el presente para mirar el futuro de las revistas culturales, conforme lo dijimos.

¿Puede subsistir hoy en día en Colombia una revista que pretenda ser crítica de la sociedad? Aún más: ¿las hay? ¿Se necesitan las revistas impresas en la era del internet? Esas son las preguntas que se me quedaron en el tintero y trataré de responder sin la valiosa ayuda de los directores de las revistas mencionadas.

Al tratar de responder la primera pregunta es inevitable pensar en la revista *Número*, que alentó desde sus páginas —y desde sus foros— grandes debates nacionales. En mayor o en menor medida, las revistas mencionadas han continuado el legado de *Mito* de pensar la realidad colombiana. No son más *light* las revistas de ahora o lo son en la medida en que la sociedad se ha vuelto más *light*. Ya la cultura no tiene el prestigio que tenía antes y los medios masivos han logrado su cometido de igualarla con el entretenimiento. En ese proceso, la cultura, como actitud crítica, ha sido la gran damnificada. Pero no hay que ser apocalíptico o integrado, nos enseñó Umberto Eco. También ha habido cosas positivas, hechos de resistencia: las revistas culturales, buscando —y conquistando— un público

más amplio, utilizaron un lenguaje menos erudito, más periodístico, sin caer necesariamente en la banalidad. E hicieron formatos más ágiles y atractivos, en los que el elemento visual dejó de ser secundario. Hay que decirlo: el diseño de la revista *Mito* no solo era muy pobre sino una vil copia de la revista de Sartre, *Les Temps Modernes*.

No todo tiempo pasado fue mejor. Detrás de *Mito* hay también el mito —tercermundista, inevitablemente— del intelectual culto y pudiente que puede viajar a la gran metrópoli —París, en ese momento— y traer la cultura, traducirla. Ahora en Colombia ya no solo viaja la élite, también las clases medias y bajas, y hay cada vez más personas que leen en otros idiomas. La novedad, el esnobismo de tener primero el conocimiento, dejó de ser un valor, así como perdió fuerza la noción de “metrópoli cultural”. Y en la era de Internet, proclamar el privilegio del acceso a la información resulta ridículo. En ese nuevo contexto global, tener un criterio editorial —la información organizada—, como lo tenía *Mito*, como lo tenían las viejas revistas, sigue vigente y sigue siendo un elemento que marca la diferencia. Se dice que *Mito* era Jorge Gaitán Durán y por eso se acabó cuando él murió. Las buenas revistas culturales siguen asociadas al carisma y a la personalidad de sus directores. Se leen en la web pero derivan su prestigio del hecho de ser primero impresas. Al igual que los libros y los periódicos: en la era digital todavía se le rinde culto a lo

impreso. Así lo ratifican no solo los lectores sino los anunciantes: se paga más por la publicidad en el medio impreso. Se pide un artículo específico a una persona específica, se revisa, se paga. Cualquiera escribe en la red, no cualquiera escribe en una revista impresa. ¿Pero cómo seguir financiando ese rigor? El modelo económico del mecenazgo, de *Mito*, ha sido el de la revista *El Malpensante* y, por más esfuerzos que haya hecho, no ha conseguido cambiarlo. Los mecenas de *Número* se cansaron más rápido que los de *El Malpensante*. El modelo comercial de *Arcadia* limita la extensión de los artículos y lo ata a la coyuntura, que no es necesariamente un impedimento. El modelo institucional de la *Revista Universidad de Antioquia* —tan generosa en sus espacios y todavía tan hospitalaria del ensayo literario, la crítica de cine, el cuento, la poesía— tiene su talón de Aquiles en la distribución. El panorama es oscuro, prometedor y sobre todo impredecible, ¿pero qué actividad no lo es en los tiempos del capitalismo salvaje? ■

afanadorluis@outlook.com



## Pequeño homenaje al jabón

EUFRASIO GUZMÁN MESA

En esto de conversar con los amigos hay cosas que me ponen a pensar; en esta ocasión fue la alegría de mi nuera mayor, Eulalia del Silencio, cuando recordó que es delicioso desprenderse, por agotamiento de la materia, de un jabón de mala calidad. Y pensé en el jabón con sus historias y sus tareas, desde el humilde y sedoso jabón de tierra hasta los más sofisticados productos de la cosmética, el arte de maquillar y ayudarse con todo, usando extractos de las semillas más escasas y las frutas exóticas, las cremas animales y vegetales, savias, un arroyo de destilación selvática, lo más extraño para algo tan cotidiano. Para saber, en últimas, que un jaboncito en la cárcel, hoy por hoy, es un tesoro, y que nuestros antepasados habitantes de estas tierras antes de Colón hace cinco siglos ya lo sacaban de la fruta del árbol de chumbimbo. Y eso es cosa elegante; como corresponde a los aportes de América a la cultura universal, le dimos el tomate, el aguacate

y el aceite de chumbimbo, y por si las moscas del hambre, le dimos papa. Entre otras cosas, el jabón de chumbimbo es tan delicado como aquel que obtenía Cleopatra, la reina de Egipto, de la leche de camellas o burras con la cual gustaba bañarse al modo de inmersión. Y en esto de sumergirse para el aseo, también las gentes de estas tierras americanas les dieron a los navegantes recién llegados ejemplo diario de hacerlo por lo menos tres veces en el agua. No digo que el jabón es producto americano, es la higiene la sal de la cultura humana.

El jabón tiene su historia, igual que la aguja y el hilo y

también el palillo mondadien-tes. Son historias que se hunden en el comienzo de la especie. Su origen, si lo comparamos con el fuego, es tan lejano como la ceniza y los huesos calcinados; se lo vio nacer al jabón de los residuos más humildes, la grasa que no disuelve en agua, el aceite emulsionado y revuelto con la misma ceniza o la cal. Siempre el noble jabón nace de la reacción química de una grasa con un elemento alcalino. Y no es grasa, que la queremos lejos de nuestro cuerpo, ni es dañino el jabón para la piel como los productos alcalinos. La soda cáustica y la cal disuelven casi todos los tejidos vivos, pero, paradójicamente,

depositados con cuidado en cantidades de grasa, la transforman en algo que ayuda a sacar la grasa indeseable y disolverla con el agua, y protege así los tejidos delicados de la vida. El primer triunfo de la química se dio de manera azarosa. Me encanta la química y cómo nos muestra que generalmente dos más dos no son cuatro; por ejemplo, dos partes de oxígeno con una de carbón, y tenemos agua que no sirve para respirar, ni para prender fogata, pero nos lava los cuerpos y hasta la conciencia. ■

tirtamo@hotmail.com



Si "... todo en el mundo existe para desembocar en un libro", según divaga Stéphane Mallarmé en "El libro, instrumento espiritual", ¿qué decir de una revista? *The Tatler* era un locutorio, *The Edinburgh Review*, donde se expresaron los románticos ingleses, ya se parecía más a un salón hecho para cruzar conversaciones misceláneas. "... menos que una religión y más que una secta", caracterizó Octavio Paz a *Sur*... Pero ¿qué es una revista? ¿Una máquina de guerra, una máquina de captura o una máquina deseante (Deleuze)? ¿Es una fiesta o una asamblea? ¿Un mirador y un observatorio, un síntoma multánime, un calendario, una "botella oscura" o un "Horizonte", para citar

a Cyril Connolly? ¿Cruce de caminos, bitácora, lavadero de pareceres, mesa de examen y de planchado, restirador y mesa de convivencia, Arca de Noé, antología en movimiento, vértigo de los cristales y de los espejos, bosque o selva? Si todo en el mundo existe para desembocar en un libro, ¿qué decir de una revista?, ¿de una revista universitaria? En una revista como la *Revista Universidad de Antioquia* se inventa "el virgen y vivaz y bello presente", para frasear a Mallarmé. Esa invención es prenda de su vuelo pasado y porvenir dentro y fuera de los claustros.

Adolfo Castañón